

avance en el haz de las nacionalidades, y para ello han menester de los recursos de la política moderna, únicamente; recursos voluntarios, desprovistos de toda coacción y violencia, basados sólo en el esclarecimiento de los intereses verdaderos, nacionales y populares, por la libre expresión y propaganda de la verdad. Esta tendencia tiene ya precedentes felices, como las iniciativas del A. B. C., y culmina en los días que corren en el movimiento de solidaridad encabezado por México. Federaciones, confederaciones, alianzas, intensificación comercial, facilidades aduaneras y fronterizas, intercambio escolar y de publicaciones, fraternidad intelectual y artística, excursiones, en fin, todos los mil y un medios de propaganda conocidos, serán los factores decisivos para darle vida al acercamiento indolatino.

Estos países no son ya la masa uniforme que dejó la colonización ibera. Grupos definidos por tendencias particulares han aparecido en el siglo largo de vida independiente. En las regiones australes, Argentina, Uruguay, Chile y buena parte del Brasil, se han venido convirtiendo en definidos y simples trasplantes europeos. Las perturbaciones en el idioma son el índice de ese proceso. Nada queda por allá, en realidad, del indio, y muy poco del español; el acrecentamiento de la riqueza por los brazos inmigrados y el constitucionalismo de las instituciones, se junta en esos pueblos a una casi perfecta imitación de las ciencias, artes y costumbres europeas, para darles una fisonomía especial. El Brasil, sin guerras, ha acrecentado su territorio colosal a costa de las naciones más pequeñas que lo rodean; Chile ha obtenido igual resultado, por la fuerza; en la Argentina, los «panargiristas», pretenden seguir igual corriente, en contra del Uruguay, del Paraguay y de Bolivia. En el norte de la América del Sur y en Centro América, perdura el estado colonial. La inmigración europea no ha llegado aún en grandes oleadas, la simiente española apenas se ha reproducido, las razas indígenas y africanas permanecen embrutecidas y muy poco asimiladas; en suma, lo mismo que dejaron los últimos capitanes generales. Estas repúblicas, bolivianas y morazánicas, han rotado hacia la civilización moderna con una lentitud contraria a la velocidad ecuatorial de sus territorios. Si el sur de nuestra América deviene europeo, y el centro permanece en pleno siglo XVIII, en el extremo norte, en México, existe la verdadera originalidad indolatina y el espíritu que habrá de predominar en todo el conglomerado de veinte repúblicas, si es que éstas algún día han de tener un espíritu común.

Este papel directivo natural de México, se fundamenta en causas geográficas, históricas, etnológicas, políticas y sociales, artísticas y espirituales, que contemplo en su vibrante amplitud y que voy a tratar de hacer presentes.

El motivo geográfico

ENORME cuerno repleto de todas las riquezas naturales imaginables, México se apoya en Centro América y se vuelca hacia la federación anglosajona. Sobre él han caído los más recios golpes del imperialismo yanqui, desde hace un siglo, y si ha podido salvar lo más noble de su morfología territorial lo debe a las características de sus pobladores, jamás rehacios al dolor y a la ofrenda de sangre. El estoicismo mexicano, sólo comparable al del pueblo japonés, ha sido y sigue siendo su mejor escudo. Esta muralla de bronce indígena no ha impedido que los yanquis ejerzan influencias excesivas en Centro América; pero, al menos, ha sido serio obstáculo para la absorción total de esos pueblos. Prueba de ello, las Antillas, que carecen de tal protección, y que son ya simples colonias americanas.

Parece ya difícil que la muralla mexicana llegue a derrumbarse, después de haber resistido tan rudas acometidas. En caso de que así acaeciera, el aluvión yanqui llegará al Amazonas.

Los países suráneos, instintivamente, reconocen esta protección que no han sabido nunca respaldar, ni alentar, ni siquiera comprender a conciencia, en la forma solidaria en que deberían haberlo hecho.

El motivo histórico

MÉXICO fué, antes de la llegada de los descubridores, el centro cultural e imperial del continente. Durante las tres centurias coloniales, continuó en esa situación privilegiada, por razón de que los españoles, además de las riquezas naturales, encontraron aquí una población trabajadora de muchos millones de hombres, que no hallaron en ninguna otra parte, y que, bajo su dirección, se transformó en un emporio colonial. Hay, pues, una tradición secular, milenaria, conforme a la cual de aquí parten orientaciones y luces para todos los extremos del continente bicéfalo. Contemplemos, de una sola vislumbre, aquellas épocas grandiosas, en que toltecas, mayas y aztecas, levantaban aquí ciudades, pirámides y templos, y hacían descubrimientos fundamentales, que aun subsisten para orgullo nuestro. Recordemos los tiempos más recientes, cuando México descubría para la metrópoli el archipiélago filipino y sembraba su propio te-

ritorio de catedrales y palacios espléndidos. Tiempos en que daba al acervo cervantino a Alarcón y a Sor Juana. Y reconozcamos que hay una razón habitual de peso a la que se atiende el espíritu mexicano para erigirse como exponente y atalaya dentro del conjunto indolatino.

El motivo etnológico

ESTE es de suprema importancia. México es el país americano en que predomina la población indígena y en que esta población es más civilizada. El indio, como elemento trabajador, social, político, artístico, y en cualquiera otro de los órdenes de la vida colectiva, tiene mayor lugar en México que en cualquiera otro país americano. Netzahualcóyotl, Cuauhtémoc, Ixtlilxóchitl, Miguel Cabrera, Morelos, Guerrero, Juárez, Ramírez, Zapata... Poetas, héroes, historiadores, artistas, estadistas, reformadores: todo esto ha dado y está dando en México la raza india. En tanto que en el Perú mismo, ni en ninguna otra parte de la América, el indio ha dejado de ser únicamente raza de labor, como la llama y el burro, o raza salvaje, que arrinconada en sus defensas selváticas resiste los ataques de los destructores todavía. En realidad, en todas las demás repúblicas existe la superposición de razas, los señores y los siervos, correspondiendo siempre el papel de siervos a los indios; sólo en México alterna con los conquistadores una fracción muy importante de esa raza, que poderosa y civilizada ya al tiempo de la conquista, ha resistido con éxito la prueba de tres o casi cuatro siglos de esclavitud, produciendo siempre caracteres superiores. Esta raza tiene ahora, después de la Revolución, un resurgimiento grande de energías y una oportunidad para incorporarse definitivamente, con la educación, a los beneficios de la cultura universal. La habilidad del mexicano para los trabajos manuales, su paciencia no desprovista a veces de agudeza mental, manifestadas ampliamente cada vez que se trata de asimilar manufacturas, ciencias y artes extrañas, lo constituyen en el único pueblo capaz de repetir el milagro con que ha asombrado el Japón al mundo en los últimos tiempos. Llevar a cabo ese surgimiento definitivo al plano superior de la vida universal, sin quebrantar ni torcer el espíritu original del indio, es el gran trabajo de los espíritus geniales o conscientes de la actual generación mexicana; y eso se está haciendo, principalmente por medio de una educación adecuada, basada en principios de libertad y servicio social, por el aprendizaje del empleo de maquinaria europea y americana, y el respeto y el